

## **DOMINGO 3 DE SEPTIEMBRE DE 2006** (PROPIO 17)

COLECTA: Señor de todo poder y fortaleza, autor y dador de todo bien: Injerta en nuestros corazones el amor a tu Nombre, acrecienta en nosotros la verdadera religión, nútrenos con toda bondad, y produce en nosotros los frutos de buenas obras; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

### **LECTURAS:**

**PRIMERA LECTURA: DEUTERONOMIO 4:1-9**

**SALMO 15 (LOC. Pág. 498 )**

**EPÍSTOLA EFESIOS 6:10-20**

**SEGÚN SAN MARCOS 7:1-8,14-15,21-23**

### **IDEAS PARA LA HOMILÍA**

#### **COMENTARIO 1**

¿LA TRADICION? TAMPOCO: ¡EL HOMBRE!

*La tradición es un elemento muy importante en la vida de los pueblos; hay que cuidarla; ya que en ella se contiene una gran riqueza cultural. Pero las tradiciones no se pueden convertir en norma intocable de consuelo; también por encima de la tradición está el bien del hombre.*

#### **NO ERA CUESTION DE HIGIENE**

*Se congregaron alrededor de él los fariseos y algunos letrados llegados de Jerusalén, y notaron que algunos de sus discípulos comían panes con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos... Le preguntaron entonces los fariseos y los letrados*

*¿Por qué razón no siguen tus discípulos la tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos impuras?*

Los fariseos, los teólogos de la ciudad santa de Jerusalén, se muestran inquietos porque los discípulos de Jesús comen el pan sin lavarse las manos; pero su preocupación no es una cuestión de higiene, es un asunto de carácter religioso. La pureza, un concepto que entre nosotros se refiere casi exclusivamente al comportamiento sexual, abarcaba toda la vida la religiosa de los judíos, en especial la de los fariseos. De cuestiones de pureza e impureza se habla en el Antiguo Testamento, especialmente en el libro del Levítico (11-16.18), pero los fariseos aumentaron después las ya abundantes prescripciones en torno a la pureza apoyándose en tradiciones que, según ellos, tenían el mismo valor que los escritos bíblicos.

Los discípulos de Jesús ya se habían liberado de la esclavitud de las leyes y de las tradiciones religiosas (Mc 2,18.23-24) y tampoco respetan éstas. Los fariseos, reforzados por la presencia de los letrados de Jerusalén, vuelven a atacar dispuestos a no perder ninguna ocasión para desprestigiar a Jesús. Pero, una vez más, Jesús va a descubrir el verdadero rostro de estos hombres *piadosos*.

## PRECEPTOS HUMANOS

Los profetas habían denunciado muchas veces el uso de la religión para tranquilizar la conciencia: rezar mucho mientras se practicaba la injusticia; acusaban al pueblo, y especialmente a sus dirigentes, de reducir toda la religión a ceremonias, a gestos exteriores que escondían un corazón vacío de amor a Dios e incapaz de amar al prójimo. Dios, dicen los profetas, no acepta esta clase de culto (véase Is 1,10-18; 58,1-12; Jr 7,1-28; Am 5,18-25; Zac 7). Jesús escoge uno de esos párrafos de los profetas para ponerlo ante ellos como juicio definitivo de su manera de entender las relaciones con Dios: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan es inútil, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos» (Is 29,13). Los textos citados anteriormente son más duros y expresan con más claridad la necesidad de que el culto a Dios se cimente en la práctica de la justicia y la solidaridad; el texto que cita el evangelio de Marcos, pone el dedo en la llaga y descubre la causa del mal: "la religión ha quedado vacía porque algunos hombres han conseguido sustituir las exigencias de Dios por tradiciones puramente humanas a las que se les quiere atribuir origen divino".

Jesús va a mostrar con un ejemplo que estas tradiciones invalidan los mandamientos de Dios y, además, perjudican a la mayoría de los hombres, aunque benefician a unos pocos, precisamente a los que las defienden. En los diez mandamientos de Moisés se mandaba cuidar de los padres, de modo que, en su ancianidad, no pasaran necesidades («honra a tu padre y a tu madre» significa fundamentalmente «sustenta a tu padre y a tu madre», no permitas que sufran la vergüenza de una vida miserable; véase Ex 20,12). No hay nada tan *humano* como ese mandamiento divino. Pues bien: según una de esas tradiciones, que Jesús, con palabras de Isaías, llama *preceptos humanos*, si uno calculaba el dinero que podía costarle atender a sus padres y ofrecía esa cantidad como limosna para el templo, ya no tenía obligación de cumplir el que, según el catecismo, es el cuarto mandamiento de la ley de Dios: «Si uno declara a su padre o a su madre: "Esto mío con lo que podría ayudarte lo ofrezco en donativo al templo", ya no le dejáis hacer nada por el padre o por la madre, invalidando el mandamiento de Dios con esa tradición que os habéis transmitido.»

## LO MALO ES... LA MALA IDEA

Jesús se dirige después a toda la multitud y vuelve a la cuestión de la pureza para decir que ésta no está en las cosas ni en las acciones en sí mismas, sino en el corazón del hombre.

Nada de lo que hay en la creación es impuro. Es la buena o la mala intención del hombre, al hacer uso de las cosas, lo que hace que algo sea agradable (puro) o desagradable (impuro) a Dios.

Después, al completar la explicación para sus discípulos, que tampoco parecían muy capaces de entender, pone como ejemplo algunas de las acciones que son desagradables a Dios; en todas ellas hay un denominador común: son acciones que hacen daño a la vida, a la dignidad o a los derechos del hombre: «Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre; porque de dentro, del corazón del hombre, salen las malas ideas: incestos, robos, homicidios, adulterios, codicias, perversidades, fraudes, desenfreno, envidia, insultos,

arrogancia, desatino. Todas esas maldades salen de dentro y manchan al hombre».

Entre nosotros también se invoca demasiado la autoridad de la tradición y se olvida, también demasiado, el valor del corazón; nos preocupa mucho hacer lo que siempre se ha hecho, sin pararnos a averiguar si eso es lo que conviene al hombre, y nos privamos de demasiadas cosas que no harían más que aumentar el caudal de alegría de nuestro mundo porque las tradiciones exigen que nos privemos de ellas. Las tradiciones, repitámoslo, pueden tener valor, pero no pueden ser la norma; la norma es el querer hacer, de corazón, lo que Dios quiere, y lo que Dios quiere es el bien del hombre. ¿No sería oportuno revisar muchas de nuestras tradiciones, leyes y manifestaciones de la religiosidad llamada popular, en las que no parece haber ningún inconveniente para que participen muchos enemigos de la vida, la dignidad y los derechos del hombre?

## COMENTARIO 2

*vv. 7,1-2 Se congregaron alrededor de él los fariseos y algunos letrados llegados de Jerusalén y notaron que algunos de sus discípulos comían los panes con manos profanas. es decir, sin lavarse las manos.*

Jesús ha tenido ya encuentros con los fariseos (3,1-7a) y con los letrados de Jerusalén (3,22-30), que ejercen la vigilancia del centro de la institución religiosa sobre él. Ahora se alían los dos grupos: estos letrados apoyan a los fariseos.

La acusación contra Jesús se basa en que éste no respeta la distinción entre sacro y profano y que sus discípulos siguen su ejemplo.

En la mentalidad del judaísmo, Israel era el pueblo consagrado por Dios (Dt 7,6; 14,2; Dn 7,23.27: «pueblo santo / consagrado, pueblo de los santos / consagrados»), todos los demás pueblos eran profanos, es decir, no estaban vinculados, como Israel, con el verdadero Dios. Para los fariseos, además, la manera de mantenerse en el ámbito de lo sacro era la observancia de la Ley tal como ellos la interpretaban, porque ésta expresaba la voluntad de Dios; de ahí que, incluso dentro del pueblo, estableciesen la distinción entre sacro y profano referida a personas: pertenecían al pueblo «santo / consagrado» los que observaban fielmente la Ley; eran «profanos», separados de Dios, los que no se atenían minuciosamente a ella.

Aún más: para un fariseo, el contacto con gente «profana» ponía en peligro la propia consagración a Dios; en consecuencia, había que tomar precauciones, en particular con los alimentos, manoseados por gente de cuya observancia no constaba. En consecuencia, antes de comer había que lavarse ritualmente las manos que habían tocado esos alimentos o cualquier cosa del mundo exterior, y, mediante lavados, quitar también a los alimentos lo profano que hubieran podido adquirir por el contacto con los que los habían recolectado o vendido. Sólo así se aseguraba el propio carácter sacro, el vínculo con Dios.

Para los fariseos, el contacto con el mundo creado, profano, contaminaba al hombre, la vida ordinaria amenazaba con separar de Dios. Si se ponía en tela de juicio esta distinción, la religión judía, según ellos, caía por su base.

Creaban así una doble discriminación: Dentro del pueblo, excluían a la gente ordinaria que no seguía rigurosamente la interpretación farisea de la Ley. Negar la necesidad de los ritos preventivos que ellos practicaban, significaba para ellos negar la necesidad de la observancia de la Ley para estar a bien con Dios, equiparando los no observantes a los

observantes.

Fuera del pueblo, excluían a los paganos. Respecto de éstos, señal evidente de la sacralidad de Israel era la fidelidad a los tabúes alimentarios impuestos por la Ley. Si éstos se suprimían, se borraba la distinción entre Israel y los otros pueblos. La frontera entre lo sacro y lo profano era, pues, la que permitía a Israel sentirse distinto y superior a los paganos.

En el texto de Mc, *los panes* de que hablan los fariseos aluden a los compartidos con la multitud en el episodio del reparto (6,34-46). Los discípulos no creen que el contacto con esa multitud descontenta de la institución (6,41) obligue a practicar un lavado que elimine lo profano. Han roto el principio discriminador dentro del pueblo judío, aunque siguen en su mentalidad nacionalista y lo mantienen respecto a los paganos, como lo ha mostrado su resistencia a la orden de Jesús de ir en la barca a territorio no israelita (6,47-52).

*vv. 3-4: Es que los fariseos, y los judíos en general, no comen sin lavarse las manos restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores; y lo que traen de la plaza, si no lo rocían con agua, no lo comen; y hay otras muchas cosas a las que se aferran por tradición, como enjuagar vasos, jarras y ollas.*

La estricta observancia de los ritos de purificación caracteriza a *todos los judíos* (primera mención en Mc), representados por los fariseos; se trata, por tanto, de los judíos observantes, no de las masas marginadas.

El lavado de los fariseos no era solamente higiénico, sino religioso, según un complicado ritual. En esa práctica, el escrúpulo y la minuciosidad dominaban, mostrando hasta qué punto establecían una separación entre ellos y el mundo, como silo creado por Dios no fuera bueno (Gn 1,31).

*v. 5 Le preguntaron entonces los fariseos y los letrados: «¿Por qué razón no siguen tus discípulos la tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos profanas?»*

Se dirigen ahora a Jesús escandalizados de la conducta de los discípulos, que han roto con *la tradición de los mayores*; en boca de fariseos, ésta designa la tradición oral supuestamente comunicada por Dios a Moisés en el Sinaí, transmitida por éste a Josué y después a los sucesivos jefes de generación en generación; le atribuían la misma autoridad divina que a la Ley escrita; es más, una transgresión de la Ley podía ser para los fariseos menos grave que la de un precepto de la tradición.

*vv. 6-8: El les contestó: «¡Qué bien profetizó Isaías acerca de vosotros los hipócritas! Así está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón esta lejos de mí. El culto que me dan es inútil, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Dejáis el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres».*

Jesús responde con una invectiva. Ve realizarse en letrados y fariseos el texto de Is 29,13 LXX, que habla del culto hipócrita, manifestado con signos exteriores (*labios*) mientras interiormente (*corazón*) están separados de Dios. De hecho, esas observancias y la separación que significan no proceden de Dios, que no discrimina entre los hombres; lo que ellos llaman "la tradición de los mayores" es sólo humana y carece de la autoridad divina que le atribuyen. Esta tradición contradice el mandamiento de Dios y es incompatible con él.

### COMENTARIO 3

Desde antiguo existe una fuerte tendencia a considerar que lo esencial de una religión está en el cumplimiento de ciertas formalidades rituales y no en la asunción de sus principios vitales. Ésta es una tentación que ha acompañado al pueblo de Dios desde tiempos inmemoriales. Incluso, si alguna persona se atreve a cuestionar, aunque sea indirectamente, ciertos lastres históricos y a proponer alternativas coherentes con el evangelio, en poco tiempo es tachada de «desviarse de la auténtica religión». Sin embargo, como lo recuerda el Salmo, no son los muchos ornamentos ni el boato de las celebraciones lo que nos eleva a Dios, sino la justicia, la honestidad, la recta intención y el respeto. Anunciar la justicia y vivirla en el día a día constituye la exigencia fundamental de las Escrituras judeocristianas -y en esto coinciden con las demás Escrituras-. Los rituales, las prescripciones, las ceremonias... nos pueden ayudar a continuar por el camino de Dios, pero no pueden sustituirlo. Por esta razón, la exhortación que Moisés dirige a su pueblo se centra en la necesidad que tiene el pueblo de Dios de hacer una clara opción por el Dios de la libertad y la justicia que los ha sacado de Egipto. De lo contrario, el sueño de la «tierra prometida» se puede convertir en una cruel pesadilla.

Los primeros cristianos experimentaron, en carne propia, la amenaza del formalismo y el ritualismo. Después de un tiempo de dedicación y fervor por la misión, los ánimos comenzaron a ceder y la comunidad se vio rápidamente atraída por las relaciones puramente funcionales y formales. De este modo se perdía la fraternidad que les daba identidad y coherencia.

Aunque el libro del Deuteronomio -que Jesús sigue muy de cerca- propone como religión una serie de principios éticos orientados a crear lazos de solidaridad, equidad y justicia; sin embargo, el judaísmo del primer siglo estaba más inclinado a valorar las formalidades. Lavarse o no lavarse la manos antes de ingerir alimentos había pasado de ser una norma elemental de higiene a convertirse en una norma que decidía quién era religioso y quién era un pecador. La tentación de canonizar los objetos, los rituales, los espacios y el tiempo le pueden hacer olvidar a la persona piadosa que la esencia de su relación con Dios no está en los protocolos culturales, sino en el respeto, la compasión y la misericordia.

Jesús nos invita a redescubrir la esencia del cristianismo en nuestra opción por construir la Utopía de Dios -lo que él llamaba «Malkuta Yavé», Reino de Dios- y por vivir de acuerdo con los principios del evangelio. Todas nuestras normas y protocolos están al servicio de una auténtica vivencia de sus enseñanzas. Nosotros no debemos renunciar a una vida auténtica y creativa para seguirlo a él. Todo lo contrario. Debemos recrear aquí ya ahora toda la novedad de su profecía y toda la radicalidad de su amor incondicional por los excluidos.

Conectado con todo este tema está aquel otro de «la letra y el espíritu»: la letra es el detalle de lo mandado, la prescripción, el rito, la acción concreta... El espíritu es el sentido con el que ha sido concebida aquella práctica concreta, y la vivencia con la que debe ser vivida. Por eso se dice que la letra (se entiende: la sola letra, o la letra sin espíritu) mata, mientras que el espíritu vivifica. La letra es medio, mientras que el espíritu es un fin. Éste puede darse aun sin aquélla, al margen o incluso «en contra» de ella: en efecto hay veces que, en circunstancias muy especiales, el espíritu de una ley o de una práctica ritual puede exigir hacer en aquella situación, «precisamente lo contrario» de lo que la letra prescribe. Esa flexibilidad, esa «libertad de espíritu» se exige a los cristianos, como a todo ser humano adulto y maduro.

Otro problema distinto -que no podemos abordar aquí, pero que sería bueno no dejar de tenerlo dentro del horizonte- es que la religiosidad actual se está transformando. Las

«religiones» (llamamos técnicamente así a la forma que ha revestido la espiritualidad del ser humano a partir de su sedentarización neolítica, a partir de la revolución agraria, hace sólo unos pocos miles de años), por su propia naturaleza, han tenido en los ritos, en las prácticas rituales, minuciosamente prescritas, un medio importantísimo de expresión, y un modo a la vez de control social. La religión, en las sociedades agrarias, ha sido el mejor y más potente vehículo de identidad y de control, y han sido los ritos su expresión más visible.

Hoy estamos llegando precisamente al fin de la edad agraria, después de la revolución industrial y tecnológica, la mundialización plural, y con el advenimiento de la sociedad del conocimiento. Las «religiones» -en aquel sentido técnico preciso- ya no tienen cabida. El ser humano post-agrario ya no puede aceptar su identidad ni puede aceptar un control por los vehículos «religiosos» basados en «creencias» (en sentido también técnico). La espiritualidad del ser humano va a continuar, es inamisible. Pero lo que han sido técnicamente las religiones agrarias, está muriendo, va a desaparecer, y es bueno que desaparezca, porque la humanidad está en otra etapa de su historia. Los ritos, las prácticas religiosas prescritas... son, por eso, en alguna sociedades actuales avanzadas, realidades «residuales», que desaparecen vertiginosamente. Si la Iglesia no acepta afrontar sin miedo estos planteamientos, lo único que hace es retrasar el reconocimiento de una enfermedad que no deja de socavarle sus entrañas en los millones de fieles que silenciosamente se van autoexiliando cada año, no sólo en las sociedades llamadas «avanzadas», sino también en América Latina.

Estos comentarios fueron bajados de:

<http://perso.wanadoo.es/laicos/eucaristia/20060903.htm>